

El Ontologismo

1. El Fideísmo y el Tradicionalismo, interesados en combatir el Racionalismo, no han dado la debida importancia al alcance de la razón; el Ontologismo adopta una posición contraria, al exage-

rar las posibilidades de la razón. La expresión «Ontologismo» ha sido creada por Vicente Gioberti.

2. Las diferentes tendencias reunidas bajo el nombre de Ontologismo están de acuerdo en enseñar que podemos ver a Dios directamente, bien sea mediante una idea que le representa, bien sea contemplándole a El mismo. En Dios se contempla todo lo extraordinario.

3. En Malebranche (muerto en 1715) se encuentran ya indicios de Ontologismo. Los principales representantes de la teoría en cuestión son el político y el filósofo italiano Gioberti (muerto en 1852) y Antonio Rosmini (muerto en 1895). Según Gioberti, existe correspondencia entre el orden del conocer y el del ser. Como quiera que Dios es lo primero en el orden ontológico, tiene que serlo también en el orden lógico. No obstante, nosotros sólo le vemos en tanto que se revela en el acto de la creación. Como su Creador. Rosmini—uno de los fundadores del neotomismo en Italia, pero que adoptó orientaciones propias—enseña que nosotros percibimos a Dios en la idea del Ser general. Un decreto del Santo Oficio, del 18 de septiembre de 1861, calificó proposiciones ontológicas con la nota de *tuto tradi non possunt* (su enseñanza implica peligros para la fe). El 14 de diciembre de 1887 el mismo tribunal condenó cuarenta proposiciones de Rosmini.

4. El Ontologismo atribuye al hombre, mientras camina por la vida presente, posibilidades que están reservadas para el más allá. El hombre anhela ver directamente a Dios. Moisés pidió que se le concediese contemplar el semblante de Dios (*Ex.* 33, 17 y siguientes). Pero no se cumplieron sus deseos; el hombre no es capaz de ver a Dios directamente durante el tiempo de su peregrinación terrena. Si la luz y el fuego de Dios penetrasen directamente en el ojo corporal o espiritual del hombre, éste quedaría deslumbrado y abrasado. El hombre sería incapaz de resistir la potencialidad de Dios, en el caso de que ésta se le mostrase: quedaría anonadado; más aún, tendría que morir. Nadie que haya visto a Dios puede seguir viviendo. No obstante, el deseo de ver a Dios no ha llegado nunca a desaparecer entre los hombres.

Los salmistas se hacen eco de este deseo (*Ps.* 16, 15). Felipe pide a Cristo le muestre el Padre (*Io.* 14, 8). Esto bastaba. Incluso en el mundo extrabíblico sueñan los pensadores y poetas en la vi-

sión de Dios; visión que es negada al hombre durante su vida terrena. La razón de que, finalizada su vida terrena, pueda conseguir esto, estriba en que recibe una nueva fuerza visual. (Consúltese el tratado de los Novísimos.)

El que pretende poder ver a Dios directamente, con los ojos del espíritu, durante la peregrinación, hace descender a Dios al plano de la criatura, convierte a Dios en un ser semejante al hombre y se acerca al Panteísmo. Olvida que Dios es superior al mundo, aun cuando le atribuya proporciones sobrehumanas. Querer ver a Dios directamente, al Dios que es en todo diametralmente distinto a nosotros, es un deseo todavía menos realizable que el del ciego que se obstinase en querer ver la luz y los colores.

También parece conducir al Panteísmo la doctrina según la cual podemos ver a Dios si se le considera como el Ser en general. En efecto, si Dios fuese el Ser en general, sería también el ser de las criaturas. La misma consecuencia se derivará de las afirmaciones según las cuales vemos en Dios todas las cosas extradivinas. Si las cosas carecen de cognoscibilidad propia, carecerán también de ser y valor propios. Además, se opone asimismo a las enseñanzas del Ontologismo el hecho de que nosotros, debido a nuestra estructura esencial psíquico-corpórea, no podemos conocer el Ser espiritual de Dios sin la ayuda de imágenes.

5. La doctrina de Scheler (muerto en 1928) presenta afinidades con las enseñanzas de los ontologistas, a pesar de que no se confunde con ellas. No tiene nada de común con el Ontologismo la prueba agustiniana de la existencia de Dios, a pesar de que San Agustín se halla algunas veces peligrosamente cerca del Ontologismo en los escritos de su primera época.

Tampoco deben ser considerados como ontologistas los defensores de la idea innata de Dios. Entre otros, cabe nombrar a Descartes, Thomassinus, Leibnitz y Kuhn. Descartes la entiende como un ser creado por Dios en el alma con su naturaleza propia.

En lo que concierne a la apreciación de la idea innata de Dios, cabe afirmar lo siguiente: esa idea es indemostrable y superflua. Aunque la poseamos desde el tiempo de nuestra más temprana edad; más aún, aunque tal idea exista sin que hayan intervenido en su formación las pruebas de la existencia de Dios, es cierto que este hecho no demuestra la existencia de una idea innata de Dios, sino manifiesta que el hombre puede obtener sin dificultad y es-

pontaneamente una idea de Dios, valiéndose de disposiciones y capacidades innatas, bajo la influencia de la instrucción y educación, mediante la observación propia y del mundo. Pero sólo podemos demostrar la validez de tal idea de Dios y distinguirla de una imaginación, si queremos aclarar y mostrar adecuadamente su origen en nuestra conciencia.

El profesor Kulin admite en cierto modo una idea innata de Dios. Este pensador enseña que se trata de un conocimiento de lo absoluto, que aparecerá al mismo tiempo en que lleguemos a conocernos conscientemente a nosotros mismos. Ese conocimiento será una luz que guía las pruebas racionales de la existencia de Dios; más aún, que tiene que guiarlas si la razón ha de conocer la orientación que debe seguir al emprender su camino.

Cuando los *Santos Padres* hablan de una idea innata de Dios, se trata en ellos de una mentalidad que tiene su explicación en el platonismo. El hombre que ha llegado a un estado de vida autoconsciente descubre con toda claridad el hecho de la existencia de Dios al estudiar el mundo y al contemplar su propio ser. (Véase el § 30.)

K. Adam (*Gesammelte Aufsätze*, editado por Fritz Hofman: *Die katholische Tübinger Schule*, 1936, 389-412) describe de la siguiente manera las teorías de la escuela de Tübingen, sobre todo las expuestas por Kuhn: «Estos teólogos detestan la teología que sepulta la verdadera ciencia bajo un fárrago de silogismos muertos, y consideran como la más evidente prueba de la caída del espíritu humano en Adán y como un fenómeno desconcertante el hecho de que Dios tenga que ser demostrado en primer lugar. Después de una pasajera y pronto superada dependencia con respecto a la teología de los sentimientos de Jakobi y Schleiermacher, el teólogo Kuhn trata de mostrar la existencia de Dios, tomando como primer punto de partida el mundo psíquico interno, y no el mundo externo. Según él, la razón humana tiende de por sí, en virtud de instintos innatos, a la posesión de la verdad y del bien. Activando estos instintos, es decir, realizando su personalidad religioso-moral, el hombre llega a adquirir el conocimiento oscuro de que no es absoluto. Viene a juntarse a esto el sentimiento de la responsabilidad moral y de la nostalgia de Dios, en tanto que es tendencia hacia el Bien supremo. De esta manera surge en el espíritu humano el sentimiento indeterminado y espontáneo de que no es más que la imagen débil de un espíritu absoluto. Resulta de ahí que llegamos a obtener conocimiento de Dios en el proceso de la autocomprensión y no mediante conclusiones lógicas. En el ensimismamiento aparece espontáneamente la imagen de Dios—la idea de Dios—ante los ojos del espíritu. Con ayuda de esta idea de Dios, la cual sirve de medio del conocimiento, podemos descubrir a Dios en el mundo circundante. La raíz última del conocimiento de Dios es, pues, una acción religioso-moral, una decisión.